

CAPITULO XI.

De casta lo viene al galgo el ser rabilargo.

El alma humana es el misterio de los misterios, es lo divino, lo eterno; lo inmutable en nuestro frágil ser. Dormidos, ella vela; ausentes, recuerda, en las tinieblas, ve; entre tantos hechos múltiples de la historia y fenómenos del universo y contradicciones del ser, piensa y lo enlaza todo con las leyes universales de sus ideas en cuya vida se anima la creacion. La luz impalpable, pero visible; el éter misterioso que llena los espacios; la chispa de electricidad vivificadora; el magnetismo, ese fluido cuyos efectos sentimos, pero cuya naturaleza no alcanzamos, apesar de escaparse casi á nuestro análisis, no pueden ponerse al lado del elemento verdaderamente divino en nuestra vida, del espíritu, artista de los recuerdos, profeta de los presentimientos, creador de las ideas, cuya celeridad no se calcula, cual puede calcularse exactamente la celeridad del apartado rayo venido desde los astros hasta nuestras retinas; ser superior, sublime, inmortal, destinado á sobrevivir á la ruina del Cósmos, y á levantarse de sus cenizas, como de las llamas se levantaba, extendiendo sus alas y entonando sus cánticos, el antiguo fénix. ¡Alma, alma mia! te siento vibrar en los nervios por tí movidos como las cuerdas de un arpa por los dedos que las recorren y les sacan dulces melodías; te siento arder en mi frente, por tí calentada como el hogar por la llama; te siento latir en el corazón, por tí elevado á la perennidad de los grandes afectos; te sentiré mañana, al caer mi cuerpo en la fosa para unir sus moléculas á la transformacion universal, te sentiré mañana en el trance de la muerte elevándote y perdiéndote como una espiral de incienso en la inmensidad de los cielos, atraída por lo divino y lo absoluto donde se en-

cuentran tu origen y tu fin. Todo obedece á la ley de la gravitacion, desde el sol que sostiene la vida con su lumbre, hasta el pólen que de las alas del pintado insecto se desprende; y solamente tú á esa fuerza te sobrepones, como dotada de aquella virtud, por cuya eficacia existes, como dotada de la incoercible libetad.

○ Mas el alma está unida al cuerpo, y por eso aparecemos y apareceremos siempre como un sér doble, con las plantas en el barro y la frente en el cielo, libres para recorrer con el pensamiento lo infinito y atados por los eslabones de esa universal gravitacion, que todo lo rige, al pesado planeta. De aquí dos series de operaciones en nosotros, las espirituales y las materiales, aquellas que dependen de la voluntad y aquellas sujetas á la fuerza fatal de la materia; el pensamiento, digno de los ángeles, y la nutricion y la asimilacion, como cualquiera de los seres orgánicos. Por consiguiente, si tenemos imaginacion, fantasia, inteligencia, razon, tambien tenemos nervios, médula espinal, encéfalo, cerebro, cuerdas por donde corren corrientes eléctricas, crisoles llenos de fósforo, contracciones que nos impelen al movimiento, algo de automático y de subordinado á las leyes del Cósmos, donde vivimos y al cual por tantos lados de nuestro sér pertenecemos. No ejerceríamos nuestra voluntad, no comunicariamos nuestras ideas sino por medio de estos instrumentos materiales, súgetos á las leyes diversas de las leyes que rigen el espíritu, como partes integrantes que son de la inmensa máquina que se llama el universo. Ved qué distancia hay entre el estómago y la conciencia, mayor que entre la letrina y el sol; y sin embargo, decidme cuánto tiempo mantendríamos en la sacra trípode de nuestro cerebro el disco divino de la conciencia sin los groseros jugos nutritivos del estómago. El cuerpo está unido al espíritu como la sombra está unida al cuerpo.

○ Pues si la idea, la cima del sér, por esta manera se mezcla á la materia, ¿cuánto mas se mezclará el sentimiento, la facultad mas cercana al mundo exterior, á la tosca naturaleza? Así es que, encerrados dentro de límites infranqueables, como el clima en que nacimos y nos criamos imprime un ósculo indeleble en nuestra frente; la familia á que pertenecemos nos da por la trasmision fisiológica parte de su salud ó de sus enfermedades, por la cultura y educacion moral é intelectual parte de sus ideas y de sus sentimientos. Sobre el fondo esencial humano, sobre el fundamento inmutable de nuestra naturaleza, ponen sus varios aspectos ya el rincón de tierra donde hemos nacido y el pedazo de cielo que desde la niñez hemos entrevisto; ya el temperamento de la familia que nos ha trasmitido la herencia de su sangre; ya la nacion á que pertenecemos, cuyo espíritu general se mezcla como una levadura á nuestro espíritu individual; ya las razas mismas de que formamos parte, esas entidades superiores á las naciones, sin que por eso dejemos de pertenecer en la consustancialidad con todos nuestros semejantes al género humano ni de vivir en su eterno espíritu.

Perdonadme, perdonad al narrador de esta historia tales reflexiones ajenas, quizá á su obra y contrarias al ministerio y cometido de que está encargado, escritas solamente para cohonestar la interrupcion de su relato con añeja narracion, cuyos protagonistas resultan progenitores de nuestro héroe, de Fra Filippo Lippi. Así acaso podreis comprender, si no disculpar el impetu ciego de sus pasiones, y los arrebatos de su voluntad, nacidos no solo de aquella primavera del Renacimiento en que la sangre hervia y se exaltaba y centuplicaba la vida, sino tambien de antiguos instintos, vinculados en su familia. El deseo se despierta y se eleva en todos los seres. Más que el aire mueve el deseo las alas del ave. La planta que, de las tinieblas donde su semilla se encierra, sube hácia la luz, crece mas que por la ascension de la savia por la ascension del deseo. Y el deseo es el afecto mas mezclado y confundido á la sangre de nuestras venas y el fondo mas real y mas uniforme de los sentimientos de nuestro corazón. Sus abuelos, pues, transmitieron á Filippo la intensidad de sus deseos, como vais á ver por el relato de la siguiente historia, clave para explicar muchos enigmas de aquella enigmática alma. Nuestro pueblo, tan pintoresco y exacto en sus expresiones, cuando ve un descendiente parecido á sus ascendientes, suele decir, ó bien esta frase gráfica: «no lo roba, que lo hereda» ó bien este expresivo refran «de casta le viene al galgo el ser rabilargo.» Atendedme. Habia allá en el siglo anterior al siglo en que pasa nuestra historia un jóven florentino llamado Hugo, á quien todos tenian por espejo de honor inmaculado y en quien nadie adivinaba la fuerza y la impetuosidad de las pasiones. El amor le poseía completamente, enseñoreándose como tirano incontrastable de todo su ser. Mas no tenía tal amor carácter ruidoso y franco á la manera de esos que se desahogan fácilmente en miradas, serenatas y rondas, sino carácter reconcentrado en los senos del alma sin mas deseo que amar por amar, ni más satisfaccion que verse correspondido con igual sigilo, pero tambien con igual vehemencia. A esta concentracion de su ánimo en el sentimiento que ménos puede estar oculto, reunia Hugo sobresalientes cualidades reveladas en sus acciones; lealtad á toda prueba, firmeza incontrastable, honradez en sus acciones, y un desprendimiento sin límites degenerando en verdadera largueza. Pero así como su honradez á la vista de todos se mostraba, ocultábase su amor en tal manera que nadie lo habia ni entrevisto ni adivinado. Efectivamente, para mas esquivarlo á las ajenas miradas y recluirlo en lo íntimo de su alma, separábase de sus amigos temprano, durante la velada recogíase en su casa, y á las altas horas de la noche, cuando nadie podia sospecharlo, se iba muy rebujado en su manto, á departir en amoroso coloquio con la señora de sus pensamientos á través de espesa celosía y fortísima reja.

Hugo era verdadero florentino en la variedad de aptitudes y en la brillantez de vocaciones diversas. La superioridad intelectual de estas ciuda-

des italianas sobre las regiones donde reinaba la tiranía ó la guerra, estribaba en esto, en la virtud creadora de la libertad y del trabajo. Así todo buen florentino tenía estas cuatro aptitudes en mayor ó menor grado, segun el cultivo que les daba, pero en virtualidad, como hoy suele decirse, en potencia, como se decia antes: la aptitud política solicitada por las tempestades de la República, y la aptitud artística solicitada por los monumentos y obras que surgian á cada paso á su lado, y la aptitud industrial solicitada por la necesidad de trabajar donde todos trabajan, y la aptitud mercantil y comercial solicitada por la necesidad de entregar los productos del trabajo á las exigencias del cambio. Hugo estaba principalmente entregado al secreto y sigiloso amor que le absorbía la vida. Pero, en su soledad, poco amigo de los bullicios del mundo, retirado, empleaba todo su tiempo en el artístico laboreo de llaves, cerraduras, candados y demás objetos análogos. No lo olvidemos, no prescindamos de este dato, pues en lo sucesivo ha de entrar capitalmente en una escena de la vida que estamos historiando, vida característica de la sociedad florentina y propia para conocer y calificar las exaltadas pasiones que habian sido como la progenie del alma de Fra Filippo Lippi.

Era una callada noche de tibia primavera. Florencia dormía en las pesadas sombras que proyectaban sobre su sacra tierra los monumentos de toscas y ciclópeas piedras. Lucía pálida luna menguante en el cielo, y á través de sus ténues resplandores, relucian las mas vividas estrellas, mientras que en los jardines, protegido por el espeso ramaje y animado por los aromas de la florecencia universal, cantaba el coro de los enamorados ruiñeñores. Stella, que tal nombre tenía la amada de Hugo, aguardaba á la reja inspirándose en aquella especie de inmensa voluptuosidad para proponer á su amante una entrevista mas arriesgada, pero mas íntima, dentro de su propia casa, en que pudiesen hablar de cuanto interesaba á su porvenir sin riesgos ni recelos. En efecto, aun no habia aparecido Hugo, cuando Stella, trastornada por el amor universal que acusaba todo cuanto veían sus ojos y sus oídos escuchaban, propuso á su rendido amator la arriesgada empresa tantas veces fingida por él en los impacientes sueños de su febril deseo. Así, encontrándose dos almas en una sola aspiracion, todo lo concertaron y dispusieron de suerte que sus aspiraciones quedaran satisfechas. Como Stella se hallaba guardada de dia por los cuidados de una familia vigilante y de noche por los cerrojos de las puertas y las rejas de las ventanas, decidieron una escalada á tejados, techos y desvanes del palacio, menos guardados por su elevacion y más fáciles á un franco acceso. Y ya arreglado esto, decidieron aguardar la total ausencia de la luna para poner por obra su proyecto al abrigo de las sombras protectoras del amor y de los enamorados.

Contaba Hugo por minutos la deseada noche. Ofendíale profundamente la luz y se gozaba en las tinieblas. Para ocultar más sus designios, tren-

zaba y componia él mismo la escala de seda por donde habia de ascender al logro de sus deseos. Era esta una especie de obra artística, tan ténue, y sin embargo tan resistente en su cordaje de seda, que podia encerrarla en el birrete, y tenerla sobre su cabeza. A este objeto, unió escoplillas, ganzuas, llaves, llavines, por si acaso le tocaba una fuga, abrir con mayor facilidad las puertas. Nadie sabía en el mundo, absolutamente nadie, que tales objetos existieran, ni el designio con que habian sido fabricados. Hugo, guardaba en su corazon el secreto de este su amor, bastándole con el convencimiento de ser amado, y la esperanza de la felicidad, que en brazos de su adorada Stella, le aguardaba. Las pasiones profundas son así, reconcentradas, muy reconcentradas, sin mas expansion que las ideas, los recuerdos, los íntimos sentimientos, las ilusiones interiores del alma.

Por fin llegó la deseada noche. Hugo se retiró aún mas temprano que de costumbre y arregló y perfiló su escala. Mas, conforme se iba acercando al momento supremo, se iba tambien convenciendo de los peligros que corria, no tanto su propia felicidad, como algo que en mucho mas apreciaba, el honor de su amada. Por su mente no podia pasar ninguno de esos proyectos en la juventud tan frecuentes; satisfacer el deseo de un momento y abandonar, despues de la satisfaccion, el sér deseado. Aunque cedía á un impulso de impaciencia, aunque escalaba una casa, aunque comprometía el honor de una doncella, como su vida se habia unido indisolublemente á la agena vida de su amada, pensaba darle, en cuanto ciertas dificultades vencibles se vencieran, su mano y su nombre. Pero no podian ocultársele todos los riesgos de la empresa y estaba decidido, antes que á menguar en lo mas mínimo la fama de su amada, á un grande sacrificio. Con estas disposiciones de ánimo, se encaminó al cumplimiento de su aventura.

En el silencio mas profundo, en las tinieblas mas espesas; cuando la soledad de aquellas calles era completa y el sueño reinaba en aquellos palacios, pesando gravemente sobre los párpados de sus moradores, con el mayor sigilo, Hugo lanza la cuerda de su escala al mas alto friso de la casa de Stella, donde pródidas manos la atan para que firme se sostenga, y sube por las cuerdas de seda como oscilando al aire, hasta llegar al deseado término, á la habitacion donde dormía su amada.

—Ningun pensamiento á tu pureza y á tu honra atentatorio, me trae á este cuarto, que guarda cuanto amo en el mundo como templo de mi felicidad. Dijole Hugo. Un hermano mayor no trataria á su hermana como yo te trataré á tí, destinada en mi pensamiento y en mi deseo á eterna compañera de mi vida y santa madre de mis hijos. No te ví jamás sino desde lejos; no te hablé sino en la noche y á través de celosías y de rejas: hallarme aquí, tener tu mano entre mis manos, respirar tu aliento, paréceme engaño, mentira; mas no empañaré tu pureza ni con un beso en la frente, porque

deseo legitimos amores, cuyo goze no perturbe la conciencia ni con un solo remordimiento siquiera, amores presentados claramente á la sociedad, y no envueltos en las sombras de la noche y del misterio, como pudiera envolverse y ocultarse un crimen.

—Hugo, si no hubiera conocido de antemano tu proceder y estimado la profundidad de tu amor, no te dejára venir hasta aquí y entrar en mi estancia, guardada por mi conciencia para inexpugnable habitacion del honor. Mas, segura de que mi existencia está unida á tu existencia, y mi nombre á tu nombre, y mi suerte á tu suerte, pues no podríamos separar las almas sin romper las vidas, te permito esta libertad, prenda segura de mi confianza y seguro presagio de que enlace venturoso coronará nuestro amor. A los ojos del mundo este paso nuestro podria perdernos; á nuestros ojos que nos ven cerca de la llama sin abrasarnos, prueba una vez mas los purísimos amores que nos mantienen unidos y que no podrian mancharse ni con un mal pensamiento sin perderse irremediamente, Hugo mio.

—¡Qué silencio! Solamente se oyen los latidos de nuestros corazones, y allá lejos los gorgoros del ruiseñor, que eleva sus endechas sobre el estridente rumor producido por las aves nocturnas en sus madrigueras y las ranas en sus estanques.

—¡Hugo, Hugo mio! Cada hora parece un minuto. ¡Cómo vuela el tiempo á tu lado y en cuán vertiginosa carrera! Si pasáramos juntos la vida en este completo éxtasis ¿qué digo la vida? la eternidad entera habia de parecerse un minuto, habia de parecerse como la arenilla desprendida de una clépsidra.

—Nuestras almas estaban destinadas una para otra en los divinos designios, y las almas destinadas á buscarse por la tierra, cuando alguna vez se encuentran, se inundan en goces santísimos: que el bien universal no resulta sino de que cada sér y cada cosa cumpla el fin de su creacion.

—Pero, Hugo, Hugo mio, en verdad, te he llamado para tenerte mas cerca de mí, porque nada nuevo podria decirte. Ya sabes cuál es nuestra suerte. Hija sumisa y amante, á la hora de morir mi madre, de rodillas al pié de su lecho, confundidas mis ardientes manos con sus manos frias, juré no casarme á disgusto de mi padre. Aunque me costara la vida, cumpliria el juramento. Y dice mi padre que no puede unir á su hija sino con un hombre que dé muestras incontestables de heroismo, de manosprecio al dolor y á la muerte. Antiguo soldado de la República quiere tener por hijo un héroe.

—¿De veras? ¿dice esto tu padre?

—No habia querido revelarte su secreto, Hugo, por no esponerte á mil peligros.

—Pues en esta Florencia nuestra tan agitada; en esta Italia donde á ca-

da paso estalla una guerra, y en cada punto sobreviene una catástrofe, nada mas fácil que buscar la muerte, nada mas fácil.

—Hugo, y si buscándola, llegarás á encontrarla.

—Pero no buscándola, de seguro la encuentro, porque no te encuentro á tí, bien mio.

—¡Oh, Hugo!

—Nunca he amado gran cosa la vida. El único precio que tenia á mis ojos, estaba en tu cariño. Me toca luchar de manera que me acerque á la muerte. Pues no lo dudes, me acercaré cuanto sea necesario para alcanzarte. Y si en el riesgo muero, nadie podrá quitarme en la agonía y en el despertar á otro mundo mejor la inmensa satisfacción de haber muerto, amor mio, por tí.

—¡Oh, Padre!

—Hace bien queriendo un valiente para su hija. En el valor todas las virtudes se templan.

—Pero tambien todos los riesgos se corren.

—Ninguno tan temible como el riesgo de perderte.

—Hugo, la mano que debia brindarte con la felicidad, te empuja violentamente á la desgracia.

—Stella, el cielo no quiere que las dichas sean premios de la suerte ciega, sino resultados de rudos y sangrientos combates.

—Dios mio, si la muerte viene tan fácilmente, aun sobre aquellos que la esquivan y huyen ¿cómo vendrá sobre aquellos que la buscan y la solicitan?

—No lo creas, el cobarde la encuentra en su miedo; el valiente la domina con el valor que todo lo vence.

—¡Hugo mio!

—Stella, no continuemos mas tiempo aquí. La luz, que todo lo anima, podria á nosotros matarnos. Separémonos antes de que el alba revele nuestro secreto. Adios, y confia en que bien pronto ha de saber tu padre quién solicita la mano de su hija.

—¡Adios, Hugo mio, adios!

Y Hugo se despidió de su amada con el corazon partido de dolor, pues hubiera deseado quedarse allí por toda una eternidad. Mas era tan grande el amor que sentia, tan fuerte el ímpetu que la voluntad tomaba en su ánimo, las impacencias de sus deseos tan vivas, el afán de combatir tan intenso, la afición al peligro tan decidida como cumplia á un ascendiente del hombre extraordinario, cuya alma desarrollamos en nuestra historia. Diferenciábase Hugo de Filippo en cosa muy esencial, en que Hugo amaba castamente, y Filippo amaba con los sentidos y con el alma, para ser veraces, mas con los sentidos que con el alma. Pero en el ímpetu de la voluntad, en el ardor de la pasión exaltada, en la impaciencia por satisfacerla, en

el apego á las aventuras, en el hábito de encerrarse entre espesos misterios, en todo esto eran idénticos ascendiente y descendiente, como en el ciego arroyo y en el valor temerario. Las pasiones de Hugo, se hallaban regidas por una conciencia mas clara y que lucia mejor en tiempos menos sensuales. La conciencia de Filippo, se hallaba completamente oscurecida por los vapores que levantaban sus exaltadas pasiones, y en esos vapores se extinguia completamente. Fuera de esto, uno y otro eran de igual exaltacion en su temperamento y de indiferencia igual ante todos los riesgos de la vida. Así es que Hugo se descolgó por su escala con tranquilidad perfecta y con ánimo resuelto á un gran sacrificio que mostrase su incontrastable decision de obtener la mano de su amada.

Bien necesitaba de esta resolucion, como vamos á ver por los accidentes que inesperadamente y en confuso tropel sobrevinieron. La casa de Stella se encontraba en la calle de Bardi, completamente solitaria á las tres de la mañana, hora en que descendia por los aires el enamorado galan y tocaba con sus plantas en el suelo. Nadie pasaba; nada se oia. Mas, al punto mismo de llegar á tierra aparece la luz de varias linternas reflejadas en el brillante acero de varias armaduras. Diríase que brotaban súbitamente y por mágica de arte del seno de la tierra. Era el Podestá con toda su tropa, que para sostener la pública tranquilidad, rondaba por las calles de Florencia. Hugo bajaba de la escala casi al mismo tiempo que los guardianes de la ciudad llegaban á sus piés. Obra fué de un momento descolgarla, recogerla, reducirla al birrete, con el cual cubrió su cabeza, y echar á correr, como si tuviera alas en los piés. Pero su mala estrella quiso que al correr con tanta impetuosidad se le cayese el birrete y rodara la escala por el suelo, desgraciado accidente que le obligó á volverse para coger aquel testimonio de su pasión, fiscal revelador de la deshonor de su amada. Y sucedió lo que era natural. Aunque corria mas que sus perseguidores, y fácilmente huyera por tanto de sus manos, al volverse y desandar el camino andado, topó con ellos, y quedó prisionero.

¡Tristísimo accidente! Cogido en tal aprieto y con escala en mano, seguramente resultaba lo que menos podia querer, la deshonor de su amada. Florencia entera iba á creerla perdida. La pública murmuracion iba á infamarla. Su padre quizá la mataria. El Podestá estaba allí para certificar que inexperto mozo asaltaba en las altas horas de la noche el hogar de recatada doncella. Hugo vió al momento las consecuencias indeclinables de aquel extraño caso. Y viéndolas, vió tambien que Stella, su adorada Stella, aquella mujer, sin la cual no podia concebir la vida, dejaba entre sus manos, y por su culpa lo que es superior á la belleza, el resplandor de su alma, la honra. En tal trance no tenia mas remedio que sacrificarse por ella, ofreciéndole en esta hora suprema lo que necesitaba, no solamente el holocausto de su vida, sino tambien el holocausto de su honra, holocaustos necesari-